

avanzar por el llano á don Alberto, el nieto y el yerno, acompañados de Carmona, Castañeda y el Mister. Sorel abrazó á su hija muy complacido de verla tan hermosa; en seguida la presentó al yankee, y dijo á Angelina:

—Este caballero es Mister Ruy, ingeniero constructor del puente.

Ambos saludáronse ceremoniosamente.

Al fin sentáronse todos á la mesa. Los artesanos, en otra gran sala, enristrando sus cuarenta y ocho cubiertos, acometían al humeante almuerzo.

Terminado ese acto, las señoras manifestaron su deseo de irse al puente á conocer la obra de Mister Ruy.

—Antes—dijo Sorel—voy á enseñar á Uds. una joya de gran mérito, no sólo por su valor intrínseco, sino también por su artístico trabajo.

Diciendo así salió, volviendo al punto con la cajita de sándalo incrustada de plata y sacó de ella un hermosísimo collar de diamantes montados sobre esmalte negro, con aros de oro. Esa alhaja expuesta á la luz del sol, lanzaba mil destellos de diversos cambiantes matices.

—¡Preciosa! ¡Incomparable! ¡Soberbia! ¡Deslumbrante!—repetían las damas pasando el collar de mano en mano.

—Estimables señoras—dijo el caballero—siento no poder obsequiar á alguna de Uds. esta valiosa prenda. Sabed que la magnánima Leopoldina, Emperatriz del Brasil, la manda de regalo á Ester, la **Jefa** de mi pueblo salvaje, como homenaje rendido al valor femenino.

—¡Muy bien, muy bien!—dijeron todas; esa Ester va á quedar altamente complacida con ese obsequio.

—Sí, pero no será por su valor material, sino por la prueba de deferencia con que la honra toda una Emperatriz.

Después de guardar la prenda en la bonita caja, llevársela, depositándola en la maleta que ya preparaba para que le acompañase en su próximo viaje al palenque. Al volver á la sala, don Alberto, seguido de su **Estado Mayor**, encaminóse al río. Ahí estaba el gran puente que unía ambas orillas. El Mister iba de un lado á otro indicando á cada cual, la solidez de la obra. Todavía faltaba el barandaje de un lado, pero allí tendidas en el suelo estaban todas las piezas listas y muy pronto serían colocadas. Las barandas por ambos extremos quedaban empotradas en gruesos murallones de mampostería; éstos tenían tres ó cuatro metros de largo cimentados sobre tierra firme. Si un día el piso de la obra claudicara, no sucedería igual cosa con el barandaje, por cuanto por medio de las murallas ó bastiones, estaba sóli-

damente unido al terreno adyacente. Dos grandes y gruesas pilastras colocadas simétricamente á iguales distancias, bajaban de la tablazón, hundiéndose en el fondo de las aguas, no muy profundas en aquel sitio, y daban á la obra cierto tinte de edificio lacustre que hacían remembranza de las antiquísimas habitaciones de nuestros remotos progenitores. Formaba, pues, el puente tres ojos, por donde podrían cruzar cualquier día, no embarcaciones propiamente dichas, pero sí pequeñas de remo, como el "Céfiro". Los exploradores examinaron desde el puente, las tres largas y suaves cuestras que, abiertas en la loma fronteriza, iban á terminar en lo alto del llano junto á la base de las rocas. Caminando un poco hacia el Norte, estaba la entrada de la famosa gruta. Justamente, allí comenzaba la jurisdicción de don Alberto, extendiéndose quince leguas al frente y otras tantas á los lados: su pueblo iba á levantarse en el centro del gran cuadrilátero.

—Sorel convidó á las señoras para que, más adelante, le acompañasen á visitar la maravillosa Gruta, morada en tiempos del Espíritu del Río.

Todas aceptaron la invitación. Los hombres, sobre todo el arquitecto, querían presenciar la colocación de la última baranda. Carmona, especialista en obras de mamposería deseaba cerciorarse por sí mismo de la solidez del empalme. Las cuatro damas retornaron solas á la casa, no sin recomendar á los hombres que no faltaran á la hora de comer.

A las cuatro en punto, Angelina mandó á la casa del Bosque un emisario, en busca del pavón, que media hora después llegó depositado en gran bandeja de loza fina bien tapada con varias servilletas para evitar el enfriamiento.

Al llegar los caballeros, comenzó la comida, que esta vez, como celebración de fausto suceso, fue un verdadero banquete. Don Alberto, empuñando el trinchante, abrió el pavón, apareciendo dentro un pollo, y al cortar éste vióse que contenía un pájaro. Las tres volátiles rodeadas de exquisito relleno, fueron el más opíparo manjar de la mesa. La autora del ingenioso y succulento plato, fue aclamada por unanimidad, primera Potencia en el Arte culinario.

¡La pobre anciana, aquel día alcanzó la celebridad!

De sobre mesa don Alberto anunció que al día siguiente iría á la capital, pues érale preciso proveerse de muchas cosas indispensables. Menos el Mister, que tenía qué hacer en el puente, todos los demás hombres se brindaron á acompañarle. Además, Carmona necesitaba comprar útiles para

su Ramo: como lienzos, pinturas, pinceles, etc. César, Alberto y Castañeda eran agregados por si podían ayudar en algo.

Al caer la tarde, Angelina, esposo é hijo, regresaron al Bosque, quedando citados para, el otro día temprano, volver á Miraflores.

---

---

## CAPITULO XLIV

### PRELIMINARES MIXTOS

Después de pasar una noche tan grata como la anterior, César y su familia encamináronse á la hacienda. Saludos recíprocos á la llegada, y en seguida se trajeron cinco briosos corceles ya aparejados para el viaje. Todos juntos los señores, tomaron confortable desayuno, y al momento, despidiéndose hasta la tarde, cabalgaron los cinco caballeros, que al vivo paso de sus bridones, pronto desaparecieron, camino de la capital.

Las señoras fuéronse á ver al chiquitín de doña Antonia. Llamábase Guillermo, en memoria del finado señor de Soldevilla. El niño era precioso: los padres estaban muy orgullosos con aquel pequeñuelo tan blanco, rosado y rollizo.

¡Ah! los padres quisieran que todos sus vástagos fuesen portentos de belleza. Por desgracia, no sucede así: hay muchos desperfectos en la humanidad... Sin embargo, esos seres defectuosos tienen una compensación en el amor de sus progenitores, que les aman más que á los mejor dotados por la Naturaleza, como si quisieran darles, por medio de su gran cariño paterno, la belleza física que el Hado les negó.

Después de prodigar sus caricias al pequeño Guillermo, sentóse Armida, invitando á sus amigas á que hicieran lo mismo, pues se trataba de arreglar un Programa entre todas.

—Antes de partir á mi viaje, dijo: ofrecí á mis indias de la Ranchería darles á mi regreso, una pequeña fiesta. Ahora bien; arreglemos entre todas el plan de esa diversión. ¿Qué le parece á Ud. Angelina? ¿Cómo haré para quedar airosa?

—Yo creo, contestó la interpelada, que con un baile y un refresco, quedarán las invitadas muy contentas.

—Justamente, dijo doña Antonia, lo mismo que se practica entre las gentes cultas.

—Así es, añadió doña Toribia, porque al hombre, sea instruído ó salvaje, siempre le gustó brincar...

—Las pobres indias—dijo Armida—, no saben sino el zapateado del país. Me gustaría que alguno de nuestros blancos lo supiera para que sacara á bailar una que otra de mis convidadas.

—Desde luego Gabriel lo baila muy bien, y si tú se lo dices no se negará.

—Yo creo que ese zapateado es el mismo que se usa en Canarias, repuso Angelina, ó al menos cosa muy parecida; así es que no faltarán bailarores europeos: hasta yo lo sé.

—¡Muy bien! La música ya la tenemos. Los muchachos artesanos, tan dispuestos y alegres, afinarán sus instrumentos; y no faltarán cantos, porque entre las chicas las hay que merecían, por su voz, haber estudiado el Divino Arte, para llamarse Primadonas. ¡Cuántos talentos se pierden en el pueblo!

—Después que las indias bailen bastante, añadió, Angelina, exhibiremos nuestras danzas nacionales. Ahí saldrán á la palestra, malagueñas, isas, seguidillas, falias y hasta la Jota y el Bolero. ¡Vamos! que la cosa será de ver!

—¿Y el refresco? dijo doña Antonia.

—Yo me encargo de la mesa, saltó doña Toribia,—muy partidaria de golosinas—Vengan los dulces y serán arreglados con simetría, entrevelando en bella disposición, las indispensables flores...

—¡Perfectamente! La bebida será vino solamente para que no haya borracheras. Ya se sabe que el vino también embriaga, pero es tomado en gran cantidad: eso no sucederá en mi baile. El licor será servido con regla. Alguno de los nuestros se encargará de esa distribución; porque no sería cosa del otro jueves, que en el apogeo de la fiesta algún bailarín se excediera...

—Dices muy bien, Armida. Mi hijo, que no entiende nada de coreografía, porque en la soledad del Bosque no aprendió tal Arte, va á ser el encargado de la repartición de copas. Y tú ¿tomarás parte en la fiesta?

—Nó, la veré desde la ventana del salón bajo—porque tú, Antonia, me prestarás tu casa para que en el gran patio que hay allí se efectúe el baile; los muros de mampostería en que descansa la verja son suficiente anchos para servir de asiento. En esta casa hay bastante amplitud para una

fiesta de ese género, pero, hasta que pase un año de la defunción de Papacito, no me permitiré dar alegres diversiones en el que fué su domicilio.

—Bien pensado, querida niña, en la casa nueva se dará la fiesta; me gusta que se inaugure con ese festival. quizá ese alegre estreno, atraerá sobre mi futura mansión el contento, paz y felicidad que anhelo reinen siempre en ella.

—Superstición ¿eh?, ese es sentimiento nativo; como tal no puede destruirse del todo, apesar de todas las enseñanzas habidas y por haber. Si el hombre no es religioso por naturaleza, como muchos afirman, no se puede desconocer su ingénita superstición. De ese sentimiento innato se han valido en todo tiempo los talentos más adelantados para sojuzgar á las masas ignaras y hacerles creer mil patrañas, algunas tan absurdas, que parece increíble que la humana razón haya podido aceptar y dar crédito á disparates de tal calibre. Claro es, que la instrucción desbarata todo ese fárrago de imposturas, que desde tiempo remoto, viene burlándose de la ignorancia del hombre...; no obstante, él conserva siempre un rastro microscópico de la pristina ignorancia... Dispense, querida amiga, pero es que en ciertos casos me domina el deseo de filosofar un poco. Considere Ud. si entre las gentes ilustradas queda aquel pequeño germen á que aludí ¿qué será de los hombres analfabetas? ¡Pobrecillos! Sólo una educación realmente moral y continua, podría darles la luz.

—Abundo en las ideas de Ud., doña Toribia, y aquí encaja aquel refrán: "Calumnia que algo queda"...

Ya arreglado el programa de la fiesta, las damas determinaron se efectuase el próximo domingo. Faltaban tres días, tiempo para arreglar todo lo necesario. En la tarde llegaron los caballeros; detrás venían los carros cargados con las compras, que no eran pocas. Los vehículos eran grandes y apenas podían contener su carga. Uno portaba seis máquinas de coser y muchos fardos conteniendo telas para ropa de hombres y de mujeres. Ahí estaban los útiles de don Aurelio. Otro carro traía seis tiendas de campaña con sus correspondientes catres de lo mismo. El de más allá, una sierra para fabricar tablazón. Gran número de hachas y toda herramienta de carpintería. Muchos rollos de cordel, gran cantidad de paquetes de clavos... en fin, todo lo necesario para emprender la grande obra de fundación. Los carros conductores de sierra, herramientas y fardos, como así mismo los efectos de Carmona, y máquinas, fueron descargados. Cuanto á camas y tiendas, quedaron sin mover-

las, porque al día siguiente se llevarían al Palenque. Don Alberto pensaba ir también; pero, informado de la fiesta que se preparaba, desistió de su idea. Erale preciso asistir á esa diversión para atraerse, con sus obsequios, las simpatías de su futuro **ganado manso**.

Para conseguir un fin preconcebido se abren ante el aspirante dos sendas: Una se llama **Fuerza**, la otra **Persuasión**. Ahora bien; el Espíritu del Río jamás entraría por la primera: conocía bien los resultados negativos de los que la transitan. Jamás, por ese trayecto alcanzarán los que pretenden, ningún resultado óptimo. Lo que sí consiguen es que aquellos sujetos á quienes avasallan por la fuerza, se provean, en el almacén de la Falsedad, de una gran capa de cierto género llamado Hipocresía, con lo cual se cubren de pies á cabeza, porque ¡pobrecitos! no tienen otro escape para evitar el furor del Tirano que les obligó á tal ó cual cosa. Esas subyugadas gentes, lucen muy bonitas... Pero, ¡si lo vierais por dentro!! Si los despojarais del manto aquel, aparecería el individuo, que siente mortal antipatía por el despótico sujeto que le forzó á vestir aquella capa detestable... El resultado es pésimo; porque, como la costumbre forma la segunda naturaleza del hombre, aquellos infelices, dominados por la fuerza, llegan á creer que basta **parecer** y no importa **no ser**, porque lo que **no se sabe como si no se hubiera hecho**. Formar gentes que adquieran ese bonito criterio, es lo único que consigue el sistema violento... Y no es poco conseguir que digamos. ¿Acaso es poco atrofiar la buena conciencia de las gentes? ¡Así andan ellas...! Don Alberto, como se ha dicho, nunca entraría por aquella violenta senda: optaba por la segunda: camino pacífico y fraternal, sin grescas ni trifulcas. Así los que le siguieran **parecerían y serían**. Quizá fueran pocos los adeptos... Pero, ¿qué importa? Vale más poco y bueno, que mucho y detestable.

La persuasión, preconizada por el Cristo, hace cerca de dos mil años, apenas si ha sido aceptada por reducido número de personas verdaderamente sensatas. Aquel Gran Justo sabía bien que ese era el único camino recto para formar la buena conciencia del hombre. La mayoría humana no le ha seguido porque sus gobernantes se enfrascaron, haciendo caso omiso del Mandato, en el lamentable sistema de la fuerza bruta. Erales más fácil á los Prepotentes, emplear para sus fines la destrucción de sus semejantes por medio del hierro y el fuego, añadiendo, más adelante, las **hermosas** balas de gran calibre: los cañones de tiro rápido y todas esas

zarandajas que hoy acompañan á la **Gran Moral** contemporánea, cuando da sus terroríficas funciones de sangre y exterminio... funciones que superan, en tercio y quinto, á las que antaño exhibían los pueblos bárbaros.

Lo que dejamos apuntado era lo mismo que Sorel pensaba. Tenía fe ciega en el buen resultado de una instrucción progresiva, impuesta sin terrores ni **de aquí** ni **de allá**, sino por la persuasión y el ejemplo. ¡Oh! ¡el ejemplo! Ese es el verdadero Padre de la Persuasión. Nada bueno conseguiría de sus catecúmenos un catequizador, si él mismo no practica las doctrinas que trata de inculcar á sus oyentes...

Después de tomar un corto refrigerio, don Alberto volviéndose á Castañeda dijo:

—¿Quiere Ud. acompañarme á la Ranchería? Tengo de conseguir allí uno ó dos guías para que acompañen y guíen mañana al carretonero, que no sabe el camino de mi pueblo salvaje.

Don Gabriel convino al momento, y, como quiera que las bestias aún estaban ensilladas, **cabalgaron ambos**. Arriba, acercóse con un paquete bastante abultado, diciendo:

—¿Podría alguno de ustedes llevar á la grupa esto? Son unos regalos que envió á las indias. Chaquetillas, cintas y pañuelos que les traje de **abajo** como dicen ellas.

—¡Yo! yo seré el conductor, dijo Sorel, me importa tener propicia esa buena gente, que me bautizó con el sobre nombre que ya para siempre llevaré.

Ya sabes que esos indios serán mi **ganado manso**.

Y acomodando en la grupa el envoltorio, los dos viajeros ya partían, pero la joven les detuvo para otra embajada oral.

—Dígales á las indias, que el domingo á las tres de la tarde las espero sin falta: que vengan todos, chicos y grandes muy compuestos, porque se trata de un baile, y que se pongan las chaquetillas, cintas y pañuelos que les traje para estrenar en la fiesta. ¿Se acordará Ud. de todos estos encargos?

—¡Ya lo creo! trato de ganarme las simpatías de aquellas familias, ¿cómo voy á olvidar ni jota de tu discurso?

Y partieron al galope. Llegados á la Ranchería, fué entregado el paquete, y abierto, salieron á luz unas docenas de camisetas blancas guarnecidas de encajes, otros tantos pañuelos de seda y algunos metros de cintas color rosa, rojo y azul. Las indias contentas sobremanera por el regalo que la **niñá** les trajo de **abajo**, convidadas por Sorel á la fiesta, ofrecieron que irían todas. Huelga decir que los en-

cargos verbales de Armida, respecto á compostura, fueron fielmente transmitidos por el embajador.

Cuando se habló de la necesidad de enviar dos emisarios al pueblo, al instante se ofrecieron Raimundo y Secundino. En tiempo del canibalismo de aquel, vinieron prófugos, después volvieron como enviados á Ester: conocían bien el camino y no les disgustaba estirar un poco las piernas.

—Pero es preciso que retornen el sábado, porque el domingo será la fiesta y ustedes han de asistir.

—No tenga cuidado, señor: no faltaremos.

—Pues mañana temprano les espero en casa: no vayan á faltar.

—No, señor; á las cinco nos tiene allá.

Y los visitantes despidiéronse.

Cuanto á las indias, desde luego comenzaron á registrar sus ropas y las de sus familias. No era poca tarea arreglar la chiquillería, y aunque tenían dos días disponibles, no había qué perder tiempo.

Apenas llegó don Alberto á la casa, sentóse á escribirle á Ester. Ahí la participaba que el próximo lunes llegaría al Palenque con algunos operarios, pues iba á comenzar la construcción del nuevo pueblo. Que guardase el cargamento del carretón, junto al rancho de la **Jefa**, pues, mediante el respeto que la profesaban, los indios se abstendrían de trastear en él. Decíala, también, que anunciase á sus gentes, que ya llegaban los hombres de **abajo** á fabricar casas muy bonitas para que ellos, si querían, las habitasen. Eso, poco más ó menos, decía la misiva para Ester. La siguiente mañana, entregada la carta, partieron el carretón y los guías.

Desde este día comenzaron los preparativos de la parranda. Las artesanas, que ya se aburrían de estar desocupadas, sabiendo todas ellas confeccionar dulces, se brindaron gustosas á encargarse de ese ramo, comenzando, en seguida, á desempeñar sus respectivas tareas. Unas á la confección de los bizcochos, bastos y finos: otras, de los almendrados y piñas; quienes, de los melindres y alfajores; las de más allá, de las rosquillas y el turrón, sin faltar quien la emprendiera con los incomparables pasteles recubiertos de finísimas, múltiples hojaldres. Para éstos, como para rosquetes de alma y algunos otros dulces, tenía que funcionar el horno. Pero las muchachas palmeras querían lucirse. Muchas de ellas, allá en la patria ganábanse la vida con ese género de trabajo. Aquí la cosa daría soberbio resultado porque los ingredientes abundaban: mantequilla, huevos, ha-

rina, azúcar, queso fresco, almendras, canela, vino, miel de abejas, arroz... ¿Qué faltaba para convertir todos esos materiales en manjares exquisitos? ¿Manos y arte para la confección? No faltaban; sobraban. Había allí cuarenta y ocho manos y veinticuatro intelectos que sabían y podían amalgamar aquellas sustancias, haciendo pastas homogéneas de diverso sabor y forma, pero todas buenas. No faltarían allí las magníficas quesadillas, amasadas con huevos, queso fresco y azúcar, que, al cocer en el horno, cada una en su respectiva cazuelilla, levántanse orgullosas presentando la forma, color y tamaño de una naranja. Estas, con su exquisitez y su nombre femenino, debían casar allá, en el misterio de los átomos, con los sobresalientes pasteles hojaldrados, que lo llevan masculino. Porque no faltara nada de ricos sabores en la fiesta, una de las jóvenes, llamada Teresa, se propuso amasar roscas; esas pedían veinticuatro horas para estar á punto de horno. Harina, mantequilla, yemas, almíbar á medio punto, un vaso de vino blanco y un poco de matalahuva ó anís, todo ello con poca levadura para evitar el agrio, y venga la fuerza, para sobar durante dos horas una masa casi dura. Es claro que ese trabajo hace sudar la gota gorda; pero la robusta Teresa y su amiga Marta, quisieron á todo trance hacer el amasijo. Durante los ciento veinte minutos que pedía la ruda faena, no pocas veces enjugaron el sudor de su frente, para que no fuera á caer en la masa. Al fin cortaron un pedazo, presentando el interior grandes ojos: era el punto. Las muchachas sudaban, pero la cosa estaba hecha, y bien. Poniendo la gran pella sobre mesa, previamente cubierta con blanco mantel, Dora y Aida, para que las otras descansaran, encargáronse de cortar la masa en pedazos iguales, los cuales arrollaban formando después con ellos el círculo, terminando por juntar las puntas una sobre otra con una presión del dedo; luego la rosca quedaba hecha y las iban colocando simétricamente sobre la mesa, dejando entre sí un pequeño espacio para que al crecer la masa no se juntaran. Ultimamente el todo cubrióse con limpio lienzo, después con frazada de abrigo y... hasta mañana.

Esos días de preparativos festivos, los pasaba la gente del Bosque en Miraflores, regresando al crepúsculo vespertino para su casita. María permanecía siempre en ella, pero ofreció ir á ver la fiesta.

Alberto, metíase en su cuartito soñando en el porvenir... Angelina y César en el suyo pasaban deliciosas veladas. Ella temerosa de que el exceso... pudiera atraer

decadencia física á su muy amado, conteniale leyendo algún trozo en cualquiera de los buenos libros que encerraba la pequeña pero selecta Biblioteca. Mujer de gran pasión, carecía de egoísmo: primero yo, después yo y siempre yo... ¡nada de eso! primero él, después él y siempre él. Hé ahí el criterio de Angelina. Conoció en París, muchos jóvenes viejos y muchos viejos decrepitos, todo derivado de una vida incontinente, libidinosa... ¡Ah, no! Ella vigilaría por el querido, ahora más que antes, que en el lleno de su virilidad, la abstinencia durante diez y siete años, tenía que producir desbordes pasionales. Pero ahí estaba ella: sabría poner coto... ¿Volverse él viejo y flaco...? ¡Eso nó! Estudiaría el medio de contener... á tiempo... limitaría, regularía aquellos impetus...

Y las muchachas, allá en Miraflores, mañanearon á ver sus roscas; ya estaban casi á punto; fuego al horno; y entretanto, tijera en mano, fueron picando la masa levantando picos á la redonda que formaban, ya filas de pequeños conos, una corriendo á la derecha, otra á la izquierda; ya figurando pájaros con pico, alas y cola, ó bien florecitas de cuatro ó cinco pétalos con botón al centro. Limpio el horno, adentro los dorados roscones. Media hora después el ambiente se impregnaba de apetitosos olores. Allá dentro los pájaros lucían sus enhiestas cabezas, alas y colas: las florecillas levantaban los pétalos, los conos alzábanse erectos. Un cambio rápido, y las roscas de atrás pasaban adelante y las de adelante atrás: había que emparejar la cochura.

Minutos después toda la cosecha fue retirada y puesta cuidadosamente sobre la gran mesa, para que se eníriara: no había que romper los artísticos adornos.

Reunidas todas las personas por ser hora de almuerzo, señoras y caballeros fuéronse á la cocina á ver de dónde procedían aquellos olores que saturaban el aire, invadiendo todo el ámbito de la mansión.

—¡Ah!, ¡mis queridas compatriotas!, dijo el arquitecto, me dan ustedes un alegrón confeccionando aquí las legítimas roscas de Noche-buena. Esto me trasporta á la patria, que nunca se olvida.

—Pues también, contestó Araceli, tendrá usted los alfajores de Misas de la luz.

—Y los pasteles de Reyes, añadió Julia.

—Entonces, dijo Carmona, sólo falta la Mistela...

—No faltará, saltó Virginia la de Rubén, porque yo sé hacerla muy bien.

—¡Bravo!, dijeron á coro los hombres, ¡bien por las palmeritas, tan dispuestas para fabricar toda cosa buena!

Al terminar aquel día sábado, todo estaba listo para la fiesta.



---

---

## CAPÍTULO XLV

### EL GANADO MANSO

El domingo temprano, doña Toribia, canasto al brazo y tijera en mano, encaminóse al jardín de Armida, que le había otorgado carta blanca, y fue llenando su cestilla de las flores más bellas que había en aquel pensil.

Colmado el receptáculo fuese con él á la casa nueva, donde confeccionó seis grandes y preciosos ramos. En el salón de doña Antonia se había colocado una larga mesa, y otras más pequeñas para servir de aparadores.

La gran mesa cubierta con lujoso mantel se llenó de amplias bandejas atestadas de los exquisitos dulces, que ya las muchachas, en sendos paños habían conducido, dejándolos amontonados porque el arreglo corría de cuenta de doña Toribia. Está hubo de colocarlos en forma piramidal por ser muy abundantes. Los seis ramos, puestos en ricos floreros, se entrelazaron artísticamente con las bandejas, cubriendo el todo con servilletas, hasta la tarde.

Botellas, copas y gran número de finos platillos, para el reparto, se veían en un aparador.

A las dos y media en punto apareció la vieja María como espectadora de la fiesta, yéndose con señoras y caballeros, para la casa donde se efectuaría. La viejecita fuerte y alegre, les gustó mucho á doña Antonia, Armida y doña Toribia, que no la conocían.

Armida, que estaba entera de que la anciana fué la eterna compañera del Solitario y la niñera del amado Alberto, la trató con gran deferencia. Por su parte, María quedó encantada de la amabilidad y gran belleza de la joven.

Al inspeccionar la mesa dijo:

—Nada me encargaron para esta fiesta, pero por suerte, aquí veo confecciones palmeras: todo estará bueno.

—No se la encargó á usted nada, para que descanse ¡trabaja mucho! Todos esos dulces son hechos por las jóvenes artesanas, compatriotas de usted.

—Ya lo sospeché al ver esos pasteles, quesadillas y alfajores, cosas que no he visto por acá.

—¿Y esto?, dijo Armida levantando la punta del mantel, que en otro aparador cubría las roscas.

—¡ Ah!, mis roscas de Pascua ¡qué bonitas!

—¿Quiere usted probar una?

—Muchas gracias. Ahora nó; después si usted gusta.

—¿Me acompañará usted sentándose á mi lado en esa ventana? Yo no saldré al patio porque aún llevo luto.

—Con todo mi gusto. Usted me honra con esa invitación.

—Todo lo merece quien por largos años acompañó fielmente á los dignos habitantes del Bosque.

Un cuarto de hora antes de las tres aparecieron todos los artesanos vestidos de punto en blanco. Los tañedores portaban sus instrumentos y en el bolsillo castañuelas, por si acaso... Las muchachas, con elegantes trajes de gasa adornados de encaje: peinados modernos donde cada cual, según el gusto, lucía algunas flores de su predilección. Todas estaban bonitas. Emilia y otras varias llevaban panderetas. El zapateado canario, se baila al son de tambor y castañuelas: ellas pensaban que la pandereta pudiera servir para el de acá.

A las tres en punto llegaron las familias de la Rancharía. Todos los indios, varones y hembras, con su prole, presentaban buen golpe de vista. Iban muy limpios, engomados y planchados, además llevaban calzado. Las hembras chinelas bajas: los varones borceguíes de becerrillo con suela gruesa.

Desde tiempo atrás Armida los había exhortado á calzarse haciéndoles comprender que la planta del pie merece tenerla cubierta y bien cuidada, porque ella es la que sostiene todo el edificio corporeo; además, por ese descuido, entraban por ahí varias enfermedades, y últimamente, que era muy feo andar descalzo. Ellas se disculparon con la pobreza.

—¡Nó, nó!, amigas, les dijo la joven, los zapatos no cuestan tanto; los finos son caros, pero aquí no se trata de finuras, sino de resguardar los pies de los varios accidentes á que están expuestos arrastrando sus plantas por el suelo. Yo voy á regalarles los primeros que usen. Y así lo hizo. Los indios conociendo las ventajas del calzado,

pronto se acostumbraron á él. Después de esta pequeña digresión aclaratoria, repetimos que aquellas familias estaban muy bien puestas. Las indias estrenando las camisetas del regalo, blancas, con manga corta y adornos de encaje, enaguas finas, pañuelo de seda al cuello redoblado como á modo de corbata; bien peinadas con trenzas y cintas nuevas.

Esta raza no era la botocuda fea, y más repulsiva con sus palos atravesados por la nariz: esa estaba más internada en los bosques del Brasil. Los hombres de la rancharía, en su tipo, eran bellos. Altos, robustos, nariz y boca regulares, pelo negro como los ojos, generalmente grandes, el color poco cobrizo. Las mujeres lo mismo: facciones bastante agradables, pelo largo, la mirada suave de sus grandes ojos inspiraba simpatía. Apenas su color un tanto oscuro, las distinguía de las blancas. Entre ellas había algunas que merecían el calificativo de bonitas. La numerosa prole vestida con limpieza, prometía ya mayor belleza que la de sus padres.

La civilización mejora mucho el físico. ¡Cuánto más se aleja la humanidad del salvajismo, más hermosa se exhibe. Los indios vestían buenos pantalones, camisa muy blanca y bien aplanchada, chaqueta de paño, al cuello pequeño pañuelo de seda, cinto estrecho de cuero lucio, con hebilla plateada; en el bolsillo alto de la chaqueta asomaba la punta de otro pañuelo. Los sombreros finos de pita, al destocarse descubrían una cabellera donde, sin duda, el aceite revuelto con agua florida, ejercieron su potencia brillante y olorosa. El ganado manso venía, pues, muy emperejilado y digno de la fiesta con que le obsequiaban. Don Alberto y Armida salieron al encuentro de sus convidados, invitándoles á sentarse en el poyo que rodeaba el patio.

Allí estaban, hacía rato, todas las artesanas.

—¡Pues no son feas!, cuchicheó Emilia al oído de Clara.

—¡Nada de eso!, contestó la otra.

—Yo creía que toda esa gente era horrible...

—Pero muchacha, ¡si esas no son las indias bravas! ¡Si ya están casi civilizadas...!

—¿Pues dónde estarán las otras, de las que habla aquel viajero que leímos allá?

—Es que esta tierra es muy grande, hija, deben vivir muy lejos de aquí.

—Y en ese pueblo, donde iremos á vivir cuando hagan las casas ¿serán los indios como éstos que veo aquí?

—¡Ca! ¡Nada de eso! Entonces ¿para qué iba don Al-

berto á civilizarlos? Allá están todos desnudos y no saben nada.

—¡Jesús me valga! ¡Qué vergüenza!

—Pero si esa pobre gente no sabe lo que es vergüenza, dijo muy quedo la científica Julia, la vergüenza hay que aprenderla como se aprende cualquier otra cosa. Por eso cuando ya la conocemos bien, ni siquiera nos quitamos la ropa sino á solas.

¡Oyes, chica!, me ocurre una cosa. Las gentes civilizadas aprenden desde chicas á tener vergüenza ¿Por qué llaman á algunas "sinvergüenzas"?

—¡Ay querida!, porque aunque se aprenda, si por algún motivo llega á perderse, jamás vuelve al lado del que la perdió: es que el perdidoso da un tremendo salto atrás, volviendo al salvajismo primitivo. Sigue viviendo en la sociedad, pero pierde la estimación de sus contemporáneos: sólo trata con otros de su calaña. La gente pundonorosa le da de lado y lo mira con desprecio.

—¡Ay! ¡Dios mío!, repuso Emilia, hay que conservar la vergüenza á todo trance.

—¡Sí!, á todo trance!, terminó la moralista, primero morir que perderla: ese es mi dictamen.

Un golpe de música á toda orquesta terminó el diálogo confidencial.

Comenzó la obertura tocando un paso doble de marcial alegría. Al terminar, don Alberto, Castañeda y César, puestas de acuerdo de antemano se acercaron á las indias invitando á bailar á las tres mayores de edad.

Sonaron las panderetas con el monótono, tuntun, tuntun.. Entonces todos los indios sacaron sus parejas, y los artesanos viendo que el tal zapateado era cercano pariente del que se bailaba en su tierra invitaron á las blancas, porque indias no se conseguía una ni por un ojo de la cara: todas ellas estaban ya metidas en la danza. El ingreso de los artesanos animó la cosa sobre manera, porque empuñando las castañuelas y poniéndose uno á cada lado de la bailadora, mientras ella iba de acá allá con el paso serenito, ellos la rodeaban brincando de lo lindo al repiqueteo de sus estrepitosos instrumentos. De improviso ponían la rodilla en tierra, alzándose rápidamente para continuar el zapateo. También los tañedores acordaron su diapason con el tuntun; no había más que hacer sonar las cuerdas en el tono de las panderetas, y clarinete, flauta y requinto figuraron allí, pitando al unísono con monótona cadencia; el violín, bandolín y la pequeña contra, no se desdijeron de acom-

pañar. La fiesta revistió entonces, alto caracter de alegre parranda. Uno de los indios admirador de la figura aquella quiso imitarla poniendo una rodilla en tierra, con tan poca destreza, que casi besa el suelo. Rogelio, que bailaba allí inmediato, lo alzó rápidamente por el cuello de la chaqueta, diciéndole:

—Todavía nó, amigo; hay que aprenderlo primero.

El otro se azoró un poco, pero por suerte, en medio del barullo se escabulló la pifia.

Terminada esta primera danza, los caballeros, conduciendo á su sitio las respectivas parejas, fuéronse á traer los refrectos. Primero, los platillos con dulces; después, las copas de vino. La gente menuda fue bien atendida. Quince minutos de descanso, y los instrumentos fueron tocados por otros jóvenes para que bailaran ahora los que antes no lo habían hecho. Se avisó á las indias que esta vez íbanse á efectuar danzas de **abajo** para que ellas las conocieran. Angelina, convertida en Venus, con su vestido celeste lleno de rizados encajes, su collar de perlas, la cabellera artísticamente peinada, donde campeaba una rosa blanca, al oír el toque de una malagueña, paróse invitando á César para que fuese su pareja: éste acudió al momento. Todos los demás les imitaron eligiendo al acaso alguien con quien bailar. Doña Antonia se escusó con que acaloraba el alimento del chiquito, lo cual era cierto, porque ella lo criaba.

Llenóse el patio de parejas, principiando cada uno frente á la suya el accionar con que se inicia ese baile, después siguió la cadena, rompiéndose al fin en vertiginoso vals. Durante la danza, algunas muchachas elevaron su voz argentina cantando cuartetos por el estilo:

Ya danzan en el terrero  
Azucenas y azahares:  
Claveles con clavellinas,  
Rosas con jazmines reales.

Estos cantos admiraban á las indias. En una de las vueltas Angelina, valsando pasó junto á ellas. Una, inclinándose al marido le dijo al oído:

—Mirá, niño ¡que bonitica es la máma!

—¿La máma de quién? dijo el otro.

—Pos de la niña.

—¡Ah, chará! que vos no sabés lo que decís: es la máma del cazador.

—A yo como la ispié tan bonitica, pensé que era máma de la niña...

Después de la malagueña, llegó el turno á la "isa"; tam-

bién ahí se cantaba, pero las cuartetetas llevaban estribillo: el tono no era igual al anterior: muchas cadenas, muchas vueltas... En el calor de la danza los alegres artesanos gritaban—¡ Vuelta, vuelta otra vez!—que la vuelta que has dado, la has dado al revez.

Sin faltar los requiebros: Olé, ¡ salero! júndase el mundo! reina! retrechera! ¡ viva la sal de María Santísima!

Todos esos piropos resonaban en medio del barullo de la danza. Una soberbia voz de tenor, elevóse cantando:

Vivan las morenas guapas  
Que bailan sin descansar.  
Viva la mujer que tiene  
Salero, sandunga y sal.

Al momento soltó Graciela el estribillo:

Aquí en este patio, de esquina en esquina,  
Pasea la rosa con la clavellina.

El tenor era José María, el carpintero. ¡Qué voz para un teatro...! Terminada la isa era preciso volver al zapateado, no se podía dejar á las indias solamente de espectadoras: la fiesta era para obsequiar al **ganado manso**. Volvió, pues, á comenzar el tun tún, con no poco desconsuelo de los blancos, que hubieran querido polkas, valeses y cuadrillas. Al fin terminó, no sin que allí volvieran á resonar las castañuelas cosa que ahuyentó la monotonía de ese baile. En seguida volvieron á circular dulces y copas.

Como quiera que el Horizonte ya se revestía con los arboles del crepúsculo, no podían llenarse todos los números del Programa: faltaban seguidillas, jota, bolero y folías. Optóse, pues, por éstas, por pedir su ejecución menos tiempo. Comenzó la danza que, á nuestro parecer es la aristocracia de los bailes populares. La candencia de sus pasos y el canto tan señor, lleno de variaciones, ora modulado con suave dejo, después subiendo armonioso, hasta terminar en alto diapason, es cosa que siempre nos encantó. Ahí tomó parte el Arquitecto: artista que, aunque no pensaba bailar, cedió á la actuación del melodioso ritmo. César, don Alberto, Angelina y muchos de los artesanos, formaron las parejas.

Es oportuno decir que el Mister, testigo ocular de la fiesta, estaba furioso por no saber practicar ninguna de esas cabriolas que se ejecutaban allí. Al fin tomaba la revancha bebiendo copas y atracándose de dulces.

Armida y Alberto, habían pasado juntos una tarde deliciosa, hablando... ¿de qué? Pues de los bailarines, de la próxima cosecha... del futuro Pueblo... y hasta del tiem-

po, tema muy socorrido en ciertos casos... ¿De amor...? ¡imposible! Los lazos negros que llevaba Armida, no permitían tales discursos. Pero ¿qué importan las palabras cuando se mira allí la persona querida? Una mirada puede expresar gran cantidad de frases amorosas: sin que el aire ambiente se lleve la voz, los ojos tienen el mágico poder de impetrar el amor. Eso pasaba á los dos seres jóvenes, bellos y amantes que en esa tarde, por espacio de tres horas, cambiaron mutuamente sus sentimientos pasionales, hablando de futilidades en las cuales, ni uno, ni otro pensaba.

María, sentada á la ventana, había sentido vibrar su cuerda predilecta: los muchachos bailarines vivaron la sal de María Santísima! Y ¿quién más resalada que su negrita de las Nieves? La anciana echó una mirada de Sibila, sobre la alegre turba, y cual moderno Oráculo, profetizóla un feliz porvenir.

Terminadas las danzas, pusieron punto final tocando una Jota aragonesa á toda orquesta, pues hasta las pandere-tas y castañuelas figuraron en ella. A ese aire que, como ya se ha dicho, es de incomparable alegría, toda voz apta entonó el canto de la Virgen del Pilar. El crepúsculo detuvo sus luces vacilantes. Nuevo Josué, alargó el día, con fines ciertamente más humanos que los del antiguo **milagro**: éste pedía luz para continuar **fiesta** de sangre y exterminio; el otro para alumbrar risueño festival donde la Alegría, dando la mano á la Fraternidad, rondaban solícitas en torno de aquella multitud feliz. ¡Oh! diferencia de los tiempos! Bendito tiempo aquel que nos señala: Trabajo! Descanso! Paz! ¿Resultado? ¡Felicidad!...

Allá en los pastos, los cornudos dejaron de rumiar, sin duda, para oír mejor los atronadosres, acordes sonidos que, llevados por el fresco ambiente de la tarde, se escapaban del patio corriendo en todas direcciones... y como todo tiene su fin la parranda lo tuvo también.

Armida llamó á las indias, y llevándolas al salón, preguntó:

—¿Qué tal les pareció la fiesta?

Contestaron unánimes que no habían visto cosa tan **bonitica**. ¡Pero qué desconsuelo por no saber ellas los bailes de abajo!

—Nosotras, dijo Araceli, que estaba presente como todas las demás, nosotras se los enseñaremos á ustedes.

—Yo me comprometo á que pronto sepan la malagueña, dijo Virginia.

Así todas las artesanas brindáronse á ser maestras de

baile, para cuando bubiera otro, que supieran las aprendices algo más que el tún tún.

Armida, fué formando cucuruchos de papel, llenos de dulces, y entregó uno á cada una de las indias, poniéndoles en el brazo, á guisa de pulsera, una rosca.

—Esto para que tomen el café esta noche. Ahora, amigas mías, las espero mañana en la tarde porque tengo que decirles. ¿Vendrán ustedes?

—Cómo nó! Toiticas venimos. Basta con que lo querés: á vos no te decimos nunca ¡no!

Así se despidieron para su Ranchería. Durante el trayecto iban ponderando el mucho saber de la gente de **abajo**. La Paúla, especie de Sibila de la tribu, afirmó que nadie nace aprendido, y que, queriendo, todos pueden aprender. ¡Gran verdad que ha formado todos los sabios!

Los restos del festín, recogieron en gran vanasta, que María y doña Toribia, cogiendo cada una un asa, condujeron á la casa de Armida, donde, á la hora del café, se dió buena cuenta de las exquisitas confecciones. Allí figuró la mistela ofrecida por Virginia al Arquitecto. Era de naranja, y las copas circularon tomando todos del aromático, suave licor. De sobre mesa, don Alberto dijo, dirigiéndose á Armida:

—Mi querida consocia, mañana se va á dar principio al saqueo de tu hacienda.

—Hemos puesto de mancomún nuestros haberes para la fundación. Usted ya lo sabe desde mi estancia en la Gruta: todo lo que poseo es de Ud.

¡Muy bien! Yo tengo que ausentarme por unos días, pero don Gabriel, aquí presente, creo que hará el favor de sustituirme.

—Estoy á sus órdenes.

—Gracias! Las casas para el futuro pueblo vendrán pronto. Pero hay qué fabricar tres grandes edificios en forma de salones. Uno, el más ancho, se destinará á Templo: los otros dos tendrán compartimentos interiores, pues el uno será Escuela, y el otro, Casa de Gobernación é Inspección. El sistema Socialista, que me propongo implantar no necesita más empleados públicos que los Inspectores y el superior ó Gobernador, como asimismo los Maestros y otro sujeto, que es muy preciso conseguir para la enseñanza Moral, superior á todas las demás. Por ahora yo seré el Gobernador: me abrogo esa facultad por ser el fundador. Mas adelante otro, apto para ello, desempeñará ese puesto.

—Mientras Ud. exista debe permanecer en ese alto

destino, dijo uno de los oyentes. ¿Y qué obligaciones competen á los inspectores?

--Muy sencillas pero muy activas. Es de su incumbencia vigilar el reparto de las cosechas. Todos sabemos que el hombre, según su naturaleza, es inclinado á tomar para sí la mejor parte, y aunque pienso que mis gobernados se eduquen bajo el régimen de la más estricta Moral, no olvido aquella su tendencia nativa, que acaso cualquier día los domine y haciéndoles olvidar lo aprendido quieran tomar en la distribución, alguna cantidad mayor que la correspondiente. En tal caso surgiría la discordia. Nada de eso sucederá estando presente el funcionario que presida el acto. El Inspector llevará siempre en el bolsillo la Ley escrita, que leerá á los cosecheros antes de comenzar la distribución de cereales, ó lo que sea la cosecha cuyo reparto se vigila. Si son ocho los asociados, se harán nueve partes iguales de la recolección, porque una es para el Inspector. Así funcionará también, no sólo la industria agrícola, sino cualesquiera otras que se plantéen en mi pueblo. Nada de empresarios y asalariados! ¿Que el patrón introduce máquinas que trabajan más que varios hombres? ; Muy bien! Tiene capital y puede hacerlo. Esas máquinas, ó su valor, se van abonando paulatinamente por los socios de la empresa, hasta que por medio de esas cuotas, queden libres y pertenezcan á todos. El día que tal suceda, el primer empresario, aquel que introdujo las máquinas, si no trabaja por sí mismo, tendrá que desfilar, porque nada de aquello es suyo: á no ser que él quiera rebajar un poco el costo de la maquinaria para que la parte no pagada funcione por él mismo. Bajo ese sistema igualitario es como deben trabajar todos los menestrales. Es su hambre y la de sus familias, quién les obliga á trabajar por un salario. Las iniquidades que se cometen bajo ese régimen, son inmensas. Donde se ve más claro ese inicuo sistema, es en las empresas mineras. Contemplad centenares de hombres gateando á gran profundidad bajo la tierra, sin ver en muchos días la luz del sol; infelices niños, que están allí también, envueltos en la oscuridad, aspirando el aire impregnado de las ingratas emanaciones de la hulla. Oid de repente el terrible sonido de una explosión de gas grisú, que incendia el aire matando en el acto multitud de mineros... También podeis considerar una gran vía de agua que de improviso inunda toda la mina, escapando de la inundación muy pocos. Y el dueño de la mina ¿qué es lo que hace? Pues siente la defunción de aquellos hombres porque le hacen falta para la explotación y... nada más. Si esas gen-

tes tuvieran sentimientos de humanidad, les daría sonrojo de hacerse millonarios con el ímprobo y peligroso trabajo de sus asalariados; éstos serían sus socios en la empresa, y no sirvientes, que después de lucha fatigosa, reciben una triste remuneración que apenas les alcanza para vivir. ¡ Y siguen siempre vegetando en las profundidades negras, porque tienen hambre! El día en que alguno de los muchos millonarios que actualmente existen, resulte un Benefactor verdadero, tenderá su mano protectora, arrancando de las garras de esos exploradores de la miseria humana, á muchos seres infelices, formando con ellos, pequeñas ó grandes asiciaciones, donde puedan ganar su pan como gente, y nó como bestias que rastrean en antros profundos. Si esas empresas mineras funcionaran bajo el régimen social, pronto los operarios podrían retirarse con un pequeño capital: serían reemplazados por otros pobres, que á su vez harían lo mismo; y nunca faltarían trabajadores, máxime, cuando se tuviera la seguridad de adquirir allí un modesto capital. Claro es que el descubridor de la mina no se convertiría en millonario, pero se convertiría en un hombre de bien, amado y respetado por todas las gentes; mientras que con el actual modo de ser, los potentados son generalmente aborrecidos, porque se sabe comprender que la riqueza desbordante, procede de la explotación de aquellos míseros, que bajan la cabeza ante la miseria que les acosa. Quizá si los mineros fueran socios, no sucederían los desastres que acontecen allí, ó alomenos serían raros; porque muchas veces, esos siniestros proceden de algún descuido, y siendo ellos dueños, tendrían gran cautela con la chispa, para que no incendiara el grisú, aunque á veces la explosión tiene otra causa. En fin, amigos míos: si en vez de unos ocho millones que tengo á mi disposición, tuviese disponibles treinta ó cuarenta, muchísimas de las actuales empresas asalariadas, al momento dejarían de ser. Yo proporcionaría á los menestrales medios de trabajar honradamente, bajo el sistema que defiende, único para nivelar las fortunas, donde no pudiera surgir ningún Creso ni se conociera el pauperismo. Vale más conformarnos con nuestra impotencia y dejando ideales que no podemos realizar, concretémonos á nuestro asunto. Ud., don Gabriel, señalará á los carpinteros los más corpulentos cedros que haya en la hacienda: que comience la corta lo más pronto. Tengo qué llevarme los albañiles.

—Y á mí,—saltó el artista— que he de hacer el retrato de la Jefa.

—Es verdad: no hay que olvidar ese encargo del exce-

lente Emperador. Apenas derriben algunos cedros, unos, que los desguacen, otros los arrastren á la sierra, la cual debe funcionar en el acto. Que siga siempre la corta, pues tres grandes salones con paredes de madera exigen muchas tablas. Ester me espera mañana: es preciso ir.

—¿Cuándo vuelve?—preguntó Angelina.

—El domingo al amanecer: pasará ese día con ustedes retornando allá el lunes.

A la siguiente mañana, Sorel, Carmona y los albañiles estaban dispuestos á partir. Un carro tirado por cuatro mulas conducía el bagaje. Los catorce hombres, montados en fuertes cabalgaduras, despidiéndose hasta después, galoparon camino del Palenque.

Las indias, deseosas de servir en algo á su querida bienhechora, llegaron en la tarde. Esta, haciéndolas sentar, dijo:

—Amigas mías, don Alberto, mi salvador, el que vosotras llamabais Espíritu del Río, va á fabricar una bonita ciudad allá, donde están los indios desnudos que ya conocen Raimundo y Secundino. Aquella gente habla la misma lengua que vosotras habláis. Don Alberto quiere que algunas familias de vuestra ranchería, se vayan á vivir á ese pueblo nuevo, por poco tiempo si no les gusta, ó para siempre, si les agrada. Esto será cuando haya casas ya levantadas, propias para que las habitéis. El fin lo que deseamos es que vosotras enseñéis á vestirse á aquella pobre gente que no conocen ropa. También, como allí habrá escuela, irán vuestros hijos á aprender en ella muchas cosas que hoy no saben. Aquellas familias, viendo que los vuestros asisten á las lecciones diarias, querrán que también sus hijos aprendan á leer, escribir y todo lo demás que se enseña en la escuela. El Espíritu del Río quiere mejorar aquellos indios, pero sin hacerles violencia: sólo quiere que vosotras los inclinéis á ser buenos y se dejen civilizar, que es lo mismo que decir mejorar su actual condición. Como sabéis su lengua, os será fácil convencerles á que acepten el bien. Nosotros no entendemos su habla y nos mirarían con desconfianza. ¿Qué les parece?

—Pos lo que vos digás niñá. A yo, manque pierda mis gallinas, pallá me voy cuando querás.

—No se perderán las gallinas, dijo Armida riendo, hay carro para conducir las y en las casas de allá buenos patios para criarlas.

—¿Y vos también te vas, niñá?

—Después, cuando aquella gente esté vestida.

—Antoce, dijo otra, las enseñamos prontico, paque vayás.

Otra preguntó:

—Y allá ¿habrá trabajo pa los hombres?

—Mucho! mucho!, amigas.

—Pos antoce avisános que día y nos vamos.

—Sí, les avisaré apenas haya casas con cuartos, cocina y agua á mano, con buenas pilas para lavar.

—¡Qué bonito se ispiará eso!

—Sí, muy bonito! Ya verán como después no les gusta volver á los ranchos.

—¿Y se paga por vivir en esas casas?

—Nó; se las regala el Espíritu del Río.

—¡Qué bueno es el Espíritu! ¡Parece Tatica Dios!

—Es amigo de él.

Ahí terminó la entrevista. Las indias contaron á sus maridos esas maravillas, que las escucharon pensativos, terminando por decir:

—Siempre hemos pensado que ese señor no es como los otros, sino de veras Espíritu...

Cuanto á la joven Armida, estaba muy contenta: Don Alberto tenía asegurado su ganado manso.



---

---

## CAPITULO XLVI

### TRABAJOS SIMULTANEOS

El bosque solitario y virgen, retumbaba á los golpes de las hachas. César, su hijo y Castañeda, presenciaban la corta, y aun entre los tres pretendían derribar un coloso. Esos cedros, centenarios habitantes de aquellas frondosas enramadas, eran de colosales dimensiones. Muchos, ya tendidos por el suelo, lloraban el despojo de sus lozanos miembros...

¡Ah, no lloréis vuestro esplendor caído! ¡La eterna holganza terminó! Ahora seréis útiles: transformados en buenos edificios serviréis de albergue á la Moral, al Trabajo y á la Ciencia. ¡Ved vuestra gloriosa metamorfosis!

La familia del Bosque había convenido, á iniciativa de Armida, en venir á pasar todos los días en Miraflores. César y Alberto debían, con Castañeda, vigilar los trabajos. Angelina venía también. Cuanto á María, quedábase allá, con sus santos y sus libros, y arreglando algo bueno para la cena, porque los dueños retornaban al caer la tarde. Allí pasaban la velada en diálogo animado, ó bien leyendo agradables historias, hasta que la activa viejecita les traía algún nuevo plato inventado por ella, para la cena. Un rato de sobremesa y el feliz triunvirato desbaratábase en pares y nones. "Cada mochuelo á su olivo". En el olivar de los consortes nunca faltaban aceitunas de la Reina: ¡y qué sabrosas...! El de Albertito carecía de esas frutas deliciosas. Contentábase, pues, con murmurar "¡más adelante...!" y mirando la zancuda diseca, quedábase dormido. En la mañana temprano oían el rodar del coche que venía á llevárselos.

Al siguiente día de la partida de Sorel, regresaron el carretón y su conductor; éste entregó á la joven una carta que leyó rodeada de sus amigas, en voz alta, cuyo contenido decía á la letra:

Señora doña Armida del Castillo v. de Soldevilla.  
Miraflores.

Mi querida consocia:

Aunque pronto volveré á esa, te escribo para hacerte un encargo importante al **negocio**. Con el barullo de la fiesta me olvidé de eso. Conviene que las jóvenes artesanas se encarguen de hacer la ropa para este pueblo desnudo. Creo, sin vacilar, que todas ellas saben coser y pueden desempeñar esa faena. También creo que algunas de ellas, si no todas, sabrán cortar. Abre los fardos, que en ellos hay muchas telas para hombres y mujeres. Tendrás cuidado de advertir á las jóvenes que ese trabajo se les pagará aparte del jornal de sus maridos. Unas cortando y otras cosiendo, espero que á mi regreso haya buena pacotilla de calzones de hombre. Tenemos ahí suficientes telas para vestir esta gente. Encárgales, también, que la confección de esas piezas no sea hecha con finura sino de esa que llaman "ropa de partida". Todavía pasará algún tiempo, antes de que estos desnudos se vistan; pero como van á ser muchas las piezas necesarias, hay que comenzarlas desde ahora. Respecto á medidas no hay para que emplear ese requisito. Que se corten los pantalones para hombres altos y bajos: con eso basta.

Desde que llegué, mientras Carmona y los muchachos armaban las tiendas de campaña, me fuí al rancho de Ester. No puedo expresarte el júbilo de esta valiente señora, al entender que ya sus largas penalidades han terminado. Apenas tiene treinta años: algunas hebras de plata salpican su larga y abundante cabellera negra. Muchos años de vida entre los salvajes, han dejado impreso en su rostro hermoso, el sello de resignada tristeza que le hace atrayente y simpático. Nunca esta dama hizo tentativa alguna para escapar del Palenque. Sabía perfectamente que en seguida sería descubierta y los salvajes no consentirían esa evasión: que entonces la perderían el respeto que hoy la profesan, como representante del Jefe Cisne, y acaso el antiguo canibalismo reapareciera. Conformóse, pues, pensando piadosamente que Dios algún día, acaso la favoreciera. Ese providencial socorro ya llegó. Considera tú, el gozo de esta paciente mujer. Me llamó mucho la atención Mariquita; aquella pequeña india que un día salvé de los dientes canibales. Hoy está corventida en una preciosa joven de quince á dieciseis años. Alta y bien formada: con grandes, expresivos ojos negros, frente donde campea una inetligencia poco común... en fin, su personita es tan bella que bien puede codearse contigo

y mi hija, que sois las dos mujeres más bellas que conozco. Ester, que es muy instruida, se ha complacido en educarla, dándole á la par, muchos conocimientos en materias científicas. Todo eso ha sido enseñado oralmente; pero la chica tiene tal intelecto, que nada ha perdido por carecer de libros. Antes de nuestro viaje á Europa envié á Ester útiles de escritorio: me olvidé de mandarla algunos volúmenes, olvidado que pienso subsanar muy pronto. Mariquita habla bien el inglés y ya comienza la conjugación francesa. Vale mucho, mucho, esta pobre huérfana, recogida caritativamente por Ester cuando la niña perdió sus padres, salvajes desnudos, como todos los demás habitantes de esta tribu. ¡Cuánto vale la educación! ¡Cómo cambia los seres.

Veo que mi carta se alarga demasiado y hay que terminarla. Antes te diré que Ester se puso en seguida el regio regalo de la Emperatriz y se fué por los ranchas de las indias diciéndolas que los hombres de **abajo** le trajeron aquel regalo de parte del Jefe, en lo cual no mentía, porque Jefe del Imperio es el Emperador. Ellas creyeron que aquello tan reluciente venía del Jefe Cisne, error que la **Jefa** se guardó bien de destruir, pues con esa creencia seríamos muy respetados por estas pobres gentes. Ella los conoce bien ¡es una completa diplomática! Y para que veas si la cosa surtió buen efecto, al crepúsculo cuando regresaron de la pesca, uno de los indios se acercó tímidamente presentando á Ester un soberbio bobo para los hombres de **abajo**.

Me despido hasta el domingo temprano. Angelina que tome ésta por suya; y reciban cariñosos recuerdos para todos, del Espíritu del Río.

P. D.—Dile á las esposas de los albañiles, que todos están buenos, bien tratados y les mandan un millón de memorias."

Las damas quedaron contentísimas con la lectura de esa larga, noticiera carta. Apenas llegaron los hombres, Armida se la entregó á César, para que la leyera en voz alta y todos se enterasen. El Mister quedó cavilando cómo sería esa india que hablaba inglés. Desde entonces se le metió entre ceja y ceja la idea de conocer personalmente á esa Mariquita tan ponderada. ¿Cómo podría verla? Ya pensaría en la resolución de ese problema.

Al crepúsculo vespertino Armida pasó á la estancia donde á esa hora reunirse todos los artesanos á pasar la velada entretenidos en el pasatiempo de su agrado. Unos jugaban á las damas; otros, al ajedrez; quien, al tresillo;

quién, á la ronda; los de más allá, al dominó; sin faltar algún amante de las letras, que se retirase á un rincón en demanda del silencio para leer algo bueno. Las doce viudas, un tanto tristonas por la ausencia de los compañeros, no jugaban. Optaron por hacer encaje de crochet y hablar entre sí.

Al entrar Armida, todos suspendiendo sus respectivas ocupaciones, se pusieron en pie, saludando respetuosamente. Ella saludó, y dirigiendo la palabra á las tristes, Acabo—dijo:—de recibir carta de don Alberto: en ella, los esposos de ustedes les mandan un millón de memorias; que están buenos y bien tratados y que el domingo temprano regresan todos aquí.

—Mucho nos alegramos, señora: damos á Ud. mil gracias por las buenas noticias,—contestaron ellas.

—Pero hay un encargo para todas ustedes. El caballero desea hacer mucha ropa para los indios: cree que todas sabrán coser, y en ese concepto ruega á ustedes se encarguen de esas costuras. Con el bien entendido que ese trabajo se pagará aparte del sueldo que perciben sus maridos.

Todas dijeron que sabían cortar y coser, añadiendo Julia:

—Mal me cae decirlo, porque no es bueno alabarse, pero yo también sé confeccionar piezas finas. No pocos vestidos hice, allá, en la patria, para señoras de alto rango.

—Muy bien, dijo Armida; veo que á Ud. le va á costar trabajo coser ropa de partida; porque es difícil á una buena costurera, coser ml. Pero Ud. comprende que para gentes que van desnudas, no hay que perder tiempo en finos arreglos. Los indios son muchos, por lo menos hay qué hacer dos pantalones para cada uno. ¡Figúrese Ud. cuántos se necesitan...!

—Pues los haremos mal y pronto, terminó la costurera en fino.

—Respecto á pago, dijo Araceli, una de las obras de Misericordia dice: "Vestir al desnudo". Ya me llega la ocasión de practicarla; la aprovecho. No recibiré ni un céntimo por mis costuras.

Todas las demás dijeron lo mismo, alegando que los maridos ganaban buenos sueldos: que todos estaban muy bien asistidos y como no gastaban nada en víveres, el día que terminase el contrato cada cual recibiría íntegro un puñado de duros: que no se hablara de remuneración, porque entonces se haría el trabajo de mala gana, adelantaría poco...

—Mis buenas señoras, entiendo que todas ustedes po-

séen á fondo la Moral Cristiana: don Alberto va á quedar contentísimo, porque los vecinos que él desea para el nuevo pueblo, son los que sustentan ideas como las que ustedes profesan. Mañana comenzará la obra.

Y saludando á todas, Armida regresó al salón.

Por su parte los artesanos abrazaron á sus consortes diciendo cada cual á la suya:

—¡Muchacha, no sabía yo que tenía una mujercita de tan buen corazón! ¡Ahora voy á quererte más!

Al siguiente día abrieronse los fardos; vióse que contenían piezas de dril de todo color, como así mismo telas listadas para camisas, lienzo blanco y gran número de zarcas de dibujos chillones para que llamaran la atención de las indias; paquetes de hilo y botones. Las muchachas, tijeira en mano, principiaron el corte de pantalones. Apenas hubo seis cortados las máquinas, funcionando á la carrera, en dos horas dieron las piezas listas. Sólo faltaban ojales y botones. Doña Toribia, allí presente, dijo:

—¡Eh! déjenme eso á mí: en algo me he de ocupar.

Así fue. Empuñó la aguja enhebrada con hilo grueso, calóse el dedal, y en menos de media hora quedaron rematados los seis calzones, doblados y guardados.

—¡Caracoles! dijo Graciela, al paso que vamos, en un mes tendremos ropa hecha para todo el mundo.

—¡Aay hija! dijo la ojalera, son muchos; y después tanta enagua...

—Eso es más fácil, repuso Teresa. Ahí no van ojales ni botones.

—Ya vendrán las camisas y chaquetas de mujer que los llevan en grande, añadió Alicia.

—Pues todo se hará, saltó Marta, hay tiempo por delante: no nos dormiremos en las pajas.

—Mirad, dijo Dora, yo no soy muy ducha en labores; dejad lo mas fácil para mí.

—¡Hola, hola! la vagamundilla! Aquí hay que arrimar el hombro: si no sabes, con eso aprendes ahora.

—¡Es verdad! por aquello que dice "úsalo y serás maestro".

Ya sabemos que doña Toribia gustaba de entremezclarse con el buen pueblo, al cual ella misma perteneció antes que el empleado en Hacienda, con quien casó, la subiera un peldaño de la escala social. Por cierto que en sí mismo no vale nada el tal encumbramiento. Pero para la vanidad mundana... ¡ah! eso es otra cosa... Y la señora sentía siempre cariño por sus gentes. Por eso, aunque allí, como abordo,

no hubiese mareo que ahuyentar, si había muchas jóvenes del querido pueblo con quienes departir.

Las máquinas, funcionando á la carrera, y la señora rematando, en la tarde dieron el resultado de una y media docena de piezas listas. Entonces doña Toribia puso punto final. Con seis horas de trabajo diario, en la semana resultarían nueve docenas de pantalones concluidos. Por consiguiente las costureras dejaron máquinas, las cortadoras tijeras y la ojalera su aguja y dedal, yéndose todas fuera de la casa á contemplar los arreboles de la tarde.

Allá, en el bosque, continuábase la corta. Los primeros cedros tumbados, en seguida lleváronse á la sierra que no se daba punto de reposo soltando tabla sobre tabla. Si dando un salto descomunal, nos plantamos en el Palenque, veremos que allí no era menos activa la faena. Aquel día se marcaron las calles del futuro pueblo, orientadas todas ellas hacia los cuatro puntos cardinales, dejando al centro un espacio de cien metros cuadrados para la plaza. En medio de ésta fijóse un poste como marca del sitio donde se levantaría la gran pila. Don Aurelio sentó sus reales bajo una tienda de campaña, puso su caballete, aprestó lienzos y colores, y, pincel en mano, fuese al rancho de Ester, invitándola á pasar á su estudio para dar comienzo al retrato. La Jefa avisada de antemano por don Alberto, había dejado su traje de civilizada poniéndose la indumentaria de salvaje, pues así lo deseaba el Emperador. Vestía saya corta y estrecha de esterilla, adornada en la fimbria con ancha franja de musgos permanentes, salpicada de bayas rojas: chaqueta sin mangas de igual tejido, orlada de igual cenefa que la falda. El calzado era también de palma obrichado con fino cordel de cabulla. El largo pelo tendido por la espalda figuraba un manto; en la cabeza llevaba la corona de hermosas plumas que usó el Jefe Cisne. Con tal atavío parecía Ester, realmente, una reina india, sólo que su bello y blanco rostro desdecía de la raza. Como el retrato debía ser de tamaño natural, para que el cuadro no resultase demasiado grande, el Artista imaginó que la Jefa apareciera sentada en una peña. De un lado veíase algo de la cabellera casi tocando al suelo. En la mano izquierda, la preciosa cajita de sándalo con el collar medio fuera sostenido por la derecha figurando el momento en que lo sacaba.

Aquel día quedó bosquejado el cuadro. Como se vé todos trabajaban simultánea y rápidamente.

Angelina y Armida tampoco estaban exentas de esas faenas: tenían á su cargo la confección de manteles para los